

la tierra, el del hombre, el origen y fundamento de nuestros conocimientos, el porvenir de la religión y los peligros que á nuestra civilización amenazan.

No son menos interesantes los últimos capítulos, en los cuales se aborda la cuestión social. Lange habla siempre de los que sufren con una emoción comunicativa, ya se trate de los esclavos de la antigüedad, de los siervos de la Edad Media ó de los proletarios de los tiempos modernos. Según la expresión del Dr. Nissen, en el *Elogio fúnebre de Lange*, «su corazón palpita ante el solo pensamiento de la miseria de las masas» y, en nombre de la justicia, pide para los trabajadores, con toda la energía de su alma, que se les dé más instrucción y más parte en los goces de la vida. Pero no se contenta con escribir en favor de los oprimidos, sino que apoya sus doctrinas con el ejemplo y funda las sociedades cooperativas, da conferencias á los obreros y organiza, en fin, la agitación entre ellos hasta el punto de tener serios disgustos con la policía de su país.

*B. Pommerol.*

## INTRODUCCIÓN DE MR. NOLEN

La historia de la filosofía no ofrece drama alguno más atractivo ni de mayor interés que la lucha incesante, el duelo á muerte, entre el materialismo y el idealismo con su perdurable alternativa de éxitos y descalabros y la impotencia de uno y otro adversario para alcanzar la victoria. Jamás esos combates, ni su varia fortuna, fueron tan encarnizados y ruidosos como en nuestro tiempo; si en el primer tercio del siglo XIX, casi resonaban exclusivamente los cantos de triunfo del idealismo, el segundo lo llena todo entero, en cierto modo, la voz gigante y cada vez más imperiosa de los materialistas.

Los enemigos de esta filosofía baten palmas en tales conflictos, sin cesar renovados; no advierten, en su entusiasmo, que la hidra del materialismo, como ellos la llaman, reemplaza en seguida con una nueva cabeza aquella que su eterno rival ha aplastado victorioso antes de tiempo; olvidan que otro tanto puede decirse del idealismo, y que, como por una ley necesaria, los dos adversarios, lejos de debilitarse por los golpes que mutuamente reciben, parece que sacan de estos choques más grandes energías. La misma distancia que hay entre el idealismo crítico de los sucesores de Kant y el idealismo dogmático de los siglos anteriores, entre la metafísica de Hegel y la de Leibniz, existe, á su vez, por ejemplo, entre el materialismo de Gassendi y el de Dühring. Sea lo que quiera, es lo cierto que hacia el año de 1860 las enseñanzas de Büchner, Moleschott y Vogt redujeron al silencio á los representantes del idealismo. Por un capricho extraño de la fortuna, no salieron de Francia ni de Inglaterra los corifeos del nuevo materialismo, sino de Alemania, de la patria tradicional de los idealistas; tentaciones daban de desesperar de una causa que sus mismos defensores abandonaron. Entonces fué cuando apareció la HISTORIA DEL MATERIALISMO de Lange. El autor trató, sin duda, de explicar la fortuna persistente

de este sistema por la verdad relativa que contiene, y demostrarlo así por la historia y por la crítica; como pretendió también asentar que la conclusión más lógica y más perfecta que del materialismo se deduce, es á la vez su refutación más invencible, y que, dicha doctrina, está condenada fatalmente á sepultarse siempre en sus mismos triunfos.

No se preocupa menos de dar á la ciencia y á la filosofía la parte que á cada una la corresponde, reconciliando á estas dos hermanas enemigas cuyo antagonismo, ignorado en la antigüedad, se ha convertido en una perturbación y constituye hoy un peligro para todas las inteligencias. Ni la escuela de Platón, ni la de Aristóteles, ni la de Descartes, han conocido este divorcio; pero á medida que la ciencia y la especulación filosófica se han perfeccionado, la diferencia de sus métodos y de sus principios se marcan más profundamente y su conciliación es más difícil; en la antigüedad, y aun entre los cartesianos mismos, la filosofía trata casi siempre á la ciencia como súbdita más bien que como aliada; sin embargo, se acercaba el tiempo en que esta última había de sentirse bastante fuerte para emanciparse de esa tutela. Por una reacción natural, á la dependencia resignada sucedió entonces el antagonismo impaciente, á la sumisión de antaño las pretensiones de ahora; después de haber combatido por su libertad, la ciencia no titubeó, engreída con sus triunfos, en luchar por la dominación; era preciso moderarla, decidirla á aceptar la alianza en el momento mismo en que, ensoberbecida, aspiraba á ser soberana y dueña de la filosofía; tal es la empresa que acometió Lange. Para lograrlo se necesitaban diversas y excepcionales cualidades.

Lange mismo las enumera en el retrato que traza de la verdadera filosofía: el pensador ideal «ha de reunir á una gran cultura lógica (preparada por un estudio serio y sostenido de las reglas de la lógica formal y de los principios de todas las ciencias modernas, á la vez que por el uso constante del cálculo de las probabilidades y de la teoría de la inducción), el conocimiento profundo de las diversas ciencias positivas, no menos que el de la historia de la filosofía.» La erudición sólida y de primera mano que acusan todas y cada una de las páginas del primer volumen, el vasto conocimiento de todos los trabajos de la ciencia moderna cuya incomparable riqueza contiene el segundo, las penetrantes críticas del lógico entremezcladas en todo el curso de la obra con la ex-

posición histórica de los sistemas, y, por último, la *Logica* póstuma de Lange, prueban que el filósofo llenaba completamente en su personalidad las condiciones enunciadas. Estas, sin embargo, no son más que las reglas que deben presidir á las especulaciones del filósofo; pero un espíritu filosófico no se obtiene sólo con esto, se necesitan dotes naturales que la educación puede desenvolver, pero no suplir. Las generosas disposiciones en que Platón sobresale al pintarnos el retrato del filósofo en el *Fedro* y en el libro VII de *La República*, la necesidad innata de la unidad de la forma, el disgusto de la realidad sensible que impulsa al alma á remontar el vuelo en alas de la imaginación á las regiones del ideal, la independencia y arrogancias naturales que no se resignan á ver en la realidad física más que el instrumento fatal y siempre imperfecto del destino moral del hombre, todos estos rasgos del filósofo los resume Lange en la siguiente fórmula, tan expresiva en su concisión: la aptitud para *la libre síntesis*.

Es preciso tener alma para tener gusto, exclama Vauvenargues; en un sentido análogo; Lange hubiera podido también decir: hace falta tener alma para ser filósofo. Y la vida del autor de la HISTORIA DEL MATERIALISMO, tal como la describe su amigo Cohen, con una admiración comunicativa y una piadosa solicitud así como la lectura de su obra maestra, atestiguan de sobra que se trata de un espíritu semejante, aunque en grado lejano, al de Fichte, cuyo pensamiento está siempre la unisono con el carácter, que no considera la filosofía como la satisfacción de una mera curiosidad, sino como la práctica de un deber social y casi como quien ejerce una misión religiosa; pudiéndosele aplicar esta hermosa frase de Fichte: «Cada uno sigue su propio carácter en la elección que hace de su filosofía.» Un sistema filosófico no es una cosa sin vida que se toma y se deja á capricho, sino que está como animado por el alma del hombre que lo adopta. Un carácter indolente por naturaleza, servil por educación ó al que el lujo y la vanidad han corrompido ó afeminado, no se elevará jamás á idealismo alguno.

La educación, no menos que la naturaleza, había preparado á Lange para producir su obra. Sabía ciencias bastantes para apreciar la necesidad de su método y comprobar el valor de sus resultados, era excelente lógico para discernir la hipótesis de la certidumbre y medir su extensión y señalar sus límites, la historia le había mostrado la lenta y laboriosa evolución, los tanteamientos incesantes

del espíritu científico y del espíritu filosófico para que se hiciese ilusión alguna acerca del dogmatismo inmutable y de las pretensiones de infalibilidad de los teóricos; por otra parte, el culto del ideal y la necesidad de la unidad y de la armonía dominaban demasiado en su alma para que se contentase solo, como los sabios de oficio, con las enseñanzas de la experiencia y no dirigiera su mirada más allá de lo que se percibe por medio de los instrumentos de observación ó de lo que arrojan los cálculos. La historia que escribe bajo el influjo de tales impresiones no se parece á otra alguna, no se recomienda ni por su exuberancia ni por la novedad de sus informaciones. Lange no vacila en reconocer lo mucho que debe al excelente trabajo de Zeller acerca de la filosofía griega y á la historia tan completa de la lógica de Prantl, sin hablar de numerosas monografías que ha puesto á contribución, y las cuales cita con reconocimiento. Ni de Demócrito, ni de Epicuro, ni de Lucrecio, ni de los materialistas de la Edad Media, aporta textos ó documentos hasta aquí desconocidos; sin embargo, no desconocemos que en ciertos puntos de detalle, especialmente en lo que se relaciona con el materialismo de los siglos xvii y xviii, la paciente y sagaz investigación del autor ha enriquecido la historia con algunos datos propios. Los hombres curiosos y eruditos sabrán discernir y apreciar perfectamente el valor de tales descubrimientos. Pero su verdadera originalidad no es ésta; hay que buscarla en la discusión filosófica y en la exposición de las doctrinas; porque su libro es, ante todo, un trabajo de doctrina y de crítica.

El segundo volumen no parece, tanto como el primero, la historia de una escuela filosófica; podría llevar, más bien, el título de historia de las teorías científicas del siglo xix que el de historia del materialismo; pero si se tiene en cuenta que la causa del materialismo está íntimamente asociada á la ciencia, y que el mecanicismo es el fondo sólido y perdurable de ambos, nadie se sorprenderá de que los progresos de la una sirvan para medir los progresos del otro. En resumen: tanto el primero como el segundo volumen acusan, así por la novedad de la forma como por su composición, el mismo original propósito perseguido por el autor, que es: esclarecer el sentido, valor y papel del mecanicismo científico, y poner al desnudo sus debilidades por medio de la historia de los esfuerzos que le han conducido paso á paso á su estado actual, las adhesiones y resistencias que ha encontrado y los testimonios que han acusa-

do, alternativamente, su fecundidad ó su impotencia. Nos serviremos de las indicaciones que Lange mismo hace en su obra para reconstruir su doctrina de la conciliación de la ciencia con la filosofía, que es su principal objeto. ¿Qué idea tiene de una y otra? ¿qué límites las señala? ¿cómo consigue acallar sus pretensiones rivales? ¿no hace pesar, sin saberlo, sobre uno de los dos adversarios las condiciones del tratado de paz que ha establecido entre ellos? Tales son las cuestiones que vamos á estudiar.

¿Qué es la ciencia para Lange? Una explicación racional, es decir, hecha por la generalidad de las inteligencias, del mundo subjetivo, de nuestras sensaciones individuales. Para que esta explicación tenga el carácter de universalidad es preciso que sea comprobable é independiente de la arbitrariedad del sujeto que conoce, hay que descartar de ella rigurosamente todo lo que escapa al examen, y no sólo se habrán de excluir de ella la imaginación, los prejuicios y las pasiones, sino que también han de desecharse sin piedad todas esas impresiones que varían con la diversidad de las organizaciones sensibles y todas las certidumbres que la conciencia concibe, pero de las cuales no puede suministrar prueba alguna. Todavía esto no es bastante: la ciencia no es menos apta para producir que para conocer; aspira al conocimiento teniendo en cuenta la acción; «la ciencia es conquistadora», según la frase de Claudio Bernard; los hechos que no sirven para la actividad del sabio, no son del dominio de la investigación científica; el mundo que la ciencia ambiciona descubrir, ó más bien construir, es el mundo de la realidad y de la acción para todos. Los hechos ó las realidades que no son susceptibles de comprobación por el cálculo ni de ser modificados por los instrumentos, no tienen nada que ver con la ciencia propiamente dicha, lo cual no significa que escapen á todo conocimiento, ni que al lado de la certidumbre científica no exista otra en que puedan ser comprendidos aunque no se acomode á los nombres que están reservados al conocimiento científico.

Pero ¿dónde encontrar esos hechos y esas cualidades de los seres que tengan el triple carácter de ser los más universales, los más rigurosamente comprobables y los más directa y fácilmente modificables? Serán, sin duda, los más simples y los más constantes de los elementos de la realidad y, en este concepto, sólo las propiedades de la extensión y el movimiento responden á las condiciones

enumeradas. Un cuerpo deja de ser coloreado, sávido, sonoro, oliente, cálido ó frío, duro ó blando para el hombre ciego, sordo ó que tiene otro cualquier defecto orgánico, pero jamás este hombre pierde el sentido de la extensión y el movimiento, porque al tocar el objeto juzga de estas cualidades cuya desaparición completa sería la cesación misma de la conciencia y de la vida. Este sentido por excelencia, es, como e llamaba Aristóteles, el sentido universal, y las cualidades que percibe merecen, en verdad, el nombre de cualidades primeras que les dió Descartes. En resumen: la ciencia de los seres no satisface las condiciones impuestas por nuestra definición mientras no contenga las propiedades mecánicas de la realidad. Para medir el movimiento es menester que cambie de dirección, pero no de cualidad; porque si cambiase en todo, nada podría medirse faltando todo elemento de unidad y orden. Nos es forzoso admitir un principio indestructible é inmutable en el espacio que ocupa el movimiento, y este principio es la materia. Como la dirección general del movimiento nos parece reducible á las dos formas esenciales de atracción y repulsión, nos imaginamos en todas partes, yuxtapuestos en el espacio, centros de fuerzas indestructibles, y, para representárnoslas, átomos, esto es, lo sólido y lo vacío; los movimientos de la materia así concebida estarán á su vez regidos por la ley de causalidad, es decir, que se producirán según reglas inmutables, destinadas únicamente á mantener la unidad esencial del movimiento bajo la multiplicidad ambiente de sus direcciones. Para el sabio todo se refiere, pues, al movimiento; el mundo de los hechos no es para él, según la frase de Descartes, más que un inmenso mecanismo y la ciencia una matemática universal; la materia no es tampoco otra cosa más que la cantidad constante del movimiento, y el determinismo mecánico ó ley de la causalidad sólo expresa la regularidad de sus modificaciones. La ciencia conoce únicamente el movimiento y la materia, porque éstos son los únicos objetos comprobables y modificables dondequiera; cada uno de nosotros tiene la noción del movimiento y puede medirle y producirle por sí mismo. He aquí á grandes rasgos lo que la ciencia es y quiere.

El sabio debe inhibirse de la investigación de las causas finales: «todo pasa en el mundo de los cuerpos como si el espíritu no existiese», repitieron á porfía Descartes y Leibnitz; en el mundo que el sabio estudia, todo ocurre como si no hubiese pensamiento ni con-

ciencia algunos en la realidad; estos últimos son una cosa final, es decir un designio inteligente; un pensamiento, constante ó no, claro ú obscuro, no ofrece formas de movimiento, no constituye parte de la realidad material, que es la única que los instrumentos y cálculos de la ciencia pueden apreciar. La principal censura que Lange dirige á Demócrito es el que éste no haya desechado con bastante rigor la teleología: «De los grandes principios que sirven de base al materialismo de nuestra época, sólo uno falta á Demócrito: la supresión de toda teleología; porque mediante un principio exclusivamente físico deduce la finalidad de su contrario; semejante principio debe admitirse todas cuantas veces se quiera establecer con seriedad una sola especie de causalidad: la del choque mecánico de los átomos.» Empédocles tiene el insigne mérito de haberlo intentado el primero en la antigüedad; él admite «el nacimiento puramente mecánico de los organismos apropiados á su fin por el juego repetido hasta lo infinito de la procreación y de la destrucción, y de cuyo juego no persiste en definitiva más que lo que tiene un carácter de estabilidad en su constitución relativamente accidental»; así es, por lo menos, cómo Epicuro y Lucrecio, según él, han comprendido la teoría de Empédocles, fundiéndola con el atomismo de Demócrito y con su propia doctrina sobre la realización de todas las posibilidades.

Lange juzga severamente la tentativa de los espiritualistas de la escuela de Sócrates, la cual opone al materialismo como una filosofía reaccionaria: «el materialismo deducía los fenómenos de leyes en absoluto invariables, y la escuela socrática las opone una reacción antropomórfica.» La finalidad existe, sin duda, en la naturaleza, pero á título de efecto y no de causa; no hay analogía alguna, como nos imaginamos con frecuencia, entre el arte humano y la actividad de la naturaleza; «los principales medios que emplea la naturaleza son tales que sólo pueden compararse al azar mas ciego; la muerte de los gérmenes de vida y la destrucción de lo que apenas ha comenzado es la regla, y el desenvolvimiento conforme á la naturaleza de las cosas la excepción.» No se diga que esto es remplazar el milagro de una causalidad verdadera é inteligente por la mera posibilidad de los casos dichosos; no hay acaso, propiamente hablando, puesto que todo ocurre según las leyes de la necesidad mecánica; lo posible y lo accidental no existen más que con relación á nuestro entendimiento; los casos dichosos, de los

cuales se habla, son tan necesarios como los demás porque unos y otros se derivan de la acción de las mismas leyes.

Como se ve, Lange es partidario del mecanicismo de los darwinistas; acepta y elogia el principio de la selección natural, deseando únicamente completar esta teoría con algunos principios accesorios: «Estamos en todo de acuerdo con Kölliker, dice, acerca de este punto: es preciso admitir causas positivas é internas de desenvolvimiento para las formas orgánicas, pero nada hay de sobrenatural ni de místico en estas leyes internas del desenvolvimiento»; aquí, pues, no se trata más que de principios mecánicos. «La aplicación rigorosa del principio de causalidad y la eliminación de toda hipótesis obscura sobre las fuerzas que se resuelven en puros conceptos, deben por necesidad mantenerse en nuestro principio y dirigir todo el dominio de las ciencias de la naturaleza; y aun cuando este desenvolvimiento sistemático de la concepción mecánica del universo pudiera disgustar y herir nuestros sentimientos, tiene su compensación en otro terreno como lo demostraremos amplia y oportunamente.» El modelo de la falsa teleología, que Lange combate, cree hallarlo en la *Filosofía de lo inconsciente*; nosotros mismos, en el prefacio de esta obra de Hartmann, señalamos tan graves defectos, pero sería injusto no tener en cuenta las correcciones que ha hecho después el autor, acerca de este punto, en el capítulo final de su opúsculo sobre *El Darwinismo*, en el apéndice de la séptima edición de aquella obra, y, sobre todo, en la segunda edición de su libro, antes anónimo, *Lo Inconsciente desde el punto de vista de la fisiología y de la teoría de la descendencia*.

Sin embargo, existe una teleología verdadera que Lange encuentra en Kant y en Fechner mismo, como ejemplos notables, á pesar de ciertas exageraciones. Desde el momento en que se admite que el mundo está constituido de tal modo que permite una explicación mecánica inteligible, aún cuando pudiera estar dispuesto de otras mil maneras inaccesibles á nuestra inteligencia, se reconoce implícitamente que hay una finalidad en las cosas; y de que el mecanicismo no realice la correlación orgánica más que á fuerza de tanteos y de abortos sin número, no por eso es menos verdadero que esta manera de lograr su fin recompensa, por su generalidad y su simplicidad, lo que parece tener de grosera si se la compara con los procedimientos tan sutiles del arte humano. Sea como quiera, es lo cierto que el mundo actual es un caso especial entre otros muchos y, por consecuencia,

admite en su conjunto una explicación teleológica; pero, aunque concebamos el mundo particular de los organismos ó el gran organismo del universo entero como productos de un arte inteligente, esto nada nos enseña acerca del detalle de los fenómenos, ni influye en que el mecanicismo sea el método exclusivo de la investigación científica. Léase el profundo análisis que hace Dubois-Reymond en su hermoso discurso acerca de *los límites del conocimiento científico*, si se quiere apreciar toda la importancia del mecanicismo: «Apoyándose en una afirmación de Laplace, Dubois-Reymond demuestra que un espíritu que conociese, aunque fuera en un espacio reducidísimo de tiempo, la posición y el movimiento de todos los átomos del universo, podría deducir, aplicando las reglas mecánicas, todo el porvenir y el pasado del mundo, y, por una aplicación conveniente de la misma fórmula mecánica, nos diría lo que fué la máscara de hierro y dónde y cómo pereció el presidente norteamericano Lincoln. Como el astrónomo predice muchísimos años antes de que ocurra cuándo de las profundidades del espacio surgirá un cometa en la bóveda celeste, así el espíritu á que nos venimos refiriendo leería con la misma exactitud en sus ecuaciones qué día la cruz griega brillará de nuevo en la cúpula de la mezquita de Santa Sofía en Constantinopla y en qué fecha Inglaterra quemará su último pedazo de carbón de piedra. Todas las cualidades que atribuimos á la materia proceden de nuestros sentidos. La frase de Moisés: «la luz fué», es un error fisiológico; la luz no apareció hasta el día en que un infusorio tuvo el primer punto visual rojo é hizo por vez primera la distinción entre lo claro y lo obscuro... Mudó y sombró en sí, es decir, sin ninguna de las propiedades que debe á la intermediación del organismo del sujeto, tal es el mundo que nos revelan las investigaciones objetivas de la intuición mecánica; en vez del sonido y de la luz, la ciencia no conoce más que las vibraciones de una materia primitiva, ya sea desnuda de toda propiedad, ya sea pesada ó bien escape á todo examen.»

La más pequeña infracción de las reglas del mecanismo universal, perturbaría los cálculos y trastornaría las ecuaciones; como dijo Espinosa más enérgicamente aún: «La anulación de un solo átomo destruiría el mundo»; no hay, pues, libertad ni finalidad en el mundo del movimiento, porque sus leyes son necesarias y no puede perturbarlas cosa alguna. Si Lange destierra de la ciencia la teleología en nombre del gran principio del mecanicismo, menos podía admitir

la psicología tradicional; puesto que científicamente no tienen comprobación y demostración más que las relaciones matemáticas de los fenómenos, y puesto que para la ciencia todo se reduce al movimiento de la materia, dedúcese que no hay, propiamente hablando, ciencia de los hechos psicológicos, los cuales, como entendió muy bien Descartes, tienen por característica esencial escapar á la extensión y constituyen la antítesis del movimiento material. Kant no se penetró menos profundamente de esta verdad, cuando en el prólogo de sus *Principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza* dice que la psicología se halla aún más lejos de la ciencia que la química, porque sólo hay ciencia allí donde los objetos son capaces de explicaciones matemáticas y se relacionan con la extensión y el movimiento; también en su *Antropología* hace el proceso de los incurables vicios de la psicología y del método favorito de la mayor parte de los psicólogos, el de la observación directa por la conciencia. Lange toma y desenvuelve las objeciones del padre de la filosofía crítica; el capítulo en que analiza los defectos de la psicología tradicional, indicando los remedios que convienen á sus males, es, sin disputa, uno de los más instructivos de la obra. Como Kant, se subleva enérgicamente contra la distinción consagrada del sentido externo y del sentido interno. «¿A qué viene esta distinción de lo interior y de lo exterior? Yo no puedo tener representación alguna fuera de mí; ver y pesar son hechos internos tanto como externos... No es difícil apreciar que la naturaleza de toda observación es siempre la misma; la única diferencia consiste en que unas observaciones pueden hacerse con nosotros ó nosotros con nuestros semejantes, y otras (las que hacemos directamente en nosotros mismos) escapan á esta apreciación y examen.

El método somático exige, sobre todo, que «en la investigación psicológica nos atengamos, cuanto sea posible, á los procesos corporales que van asociados de un modo indisoluble y regular á los fenómenos psíquicos; este es el método que en estos últimos tiempos han aplicado los psicólogos ingleses, Spencer, Bain y Lewes, y el cual recomienda Lange como el verdadero método de la psicología científica. Hay que empezar por desprenderse de todas las especulaciones de la psicología antigua sobre la naturaleza del alma; el psicólogo debe ignorar que el alma exista; ¿qué se diría de un físico que probase la necesidad de definir y demostrar la esencia de la materia al principio de un tratado de física? El corto número de obser-

vaciones psicológicas un poco exactas que hasta aquí se han hecho, no autoriza en modo alguno la afirmación de la existencia de un alma; sostener esta hipótesis es seguir el influjo de la tradición ó una secreta protesta del sentimiento contra las áridas doctrinas del materialismo. «Los hechos sólo permiten suponer que (los pensamientos) esos efectos de la acción simultánea de las simples sensaciones descansan sobre condiciones mecánicas que quizá llegaremos á descubrir con los progresos de la fisiología. La sensación y, por lo tanto, toda la vida espiritual, no son más á cada paso que el resultado transitorio de la acción combinada de una infinita variedad de actividades elementales asociadas de una manera infinitamente diversa y que pueden localizarse en sí, como es posible localizar los tubos de un órgano, pero no las melodías que ejecuta.» De aquí no se deduce que no exista, á título de explicación empírica y provisional siempre, otra psicología posible que la psicología somática; Stuart Mill tiene razón contra Comte cuando defiende el derecho á la existencia de una psicología independiente de la fisiología. Comte sostenía que los fenómenos espirituales escapan por su naturaleza á todo determinismo, que deben su regularidad en absoluto á los estados fisiológicos, de los cuales son producto ó en los cuales se hallan envueltos; Stuart Mill, por el contrario, sostiene la legitimidad de la psicología fundada en el principio de la asociación. He aquí ahora la opinión de Lange en tan interesante controversia: «Mientras la doctrina de la asociación de las representaciones pueda fundarse en los datos de la experiencia, tiene derecho á ocupar un sitio en la ciencia, téngase la opinión que se quiera sobre el fundamento último de las representaciones con relación á las funciones cerebrales... Hechos bien comprobados y leyes establecidas por la experiencia tienen su valor propio sin que sea preciso remontarse á las causas últimas de los fenómenos, como nadie se creería autorizado para rechazar la fisiología de los nervios porque aun no se haya reducido á la mecánica de los átomos, la cual debe darnos los principios últimos de toda explicación de los fenómenos de la naturaleza.»

No es menos forzoso reconocer que, en la relación de los principios y de la autoridad científica de los resultados, la psicología de la asociación deja mucho que desear; Lange, entre otros críticos, niega que haya demostrado que la asociación de las representaciones pueda someterse á las reglas inflexibles de una causalidad inmanente. ¿Dónde encontrar un principio de unidad que sea

para la actividad consciente del pensamiento lo que el principio de la conservación de la energía para la actividad fisiológica del cerebro y que permita reducir á leyes los estados variables de la conciencia, como se hace con las modificaciones mecánicas de la materia cerebral? «Todo el contenido de la conciencia puede descender del más alto grado al cero de la energía mental, mientras que, con relación á las funciones correspondientes del cerebro, la ley de la conservación de la energía tiene invariablemente todo su valor. ¿Dónde está, pues, la posibilidad de una exactitud, por mínima que sea, en la psicología de la asociación? La psicología de la asociación no puede dar más que probabilidades empíricas, puesto que carece de un principio de medida; se ve á Lange inclinarse del lado de la fisiología cerebral y de la fisiología de los reflejos; no concede, en una palabra, un valor riguroso en psicología más que al método somático. En resumen: el método científico, para él, es el método mismo de las ciencias físicas, la deducción y la inducción matemáticas y, ésta última, á título de método provisional, como ya mucho antes lo había enseñado Leibnitz. No es posible imaginar una concepción más precisa y al mismo tiempo más conforme con las exigencias del método de las ciencias positivas.»

No se preocupa menos Lange de salvar los principios del mecanicismo científico de las faltas que cometen los mismos sabios cuando tratan de defenderlos contra los partidarios de la finalidad y de las hipótesis *a priori*, ó sea, de la observación, mediante el sentido íntimo; en esta profunda crítica de todas las ciencias, que ocupa el segundo volumen, unos y otros son juzgados con no menos consideración y con igual independencia. Si Lange censura á Liebig su pretensión de que la ciencia no debe admitir tan fácilmente períodos ilimitados para la realización de sus hipótesis, no menos vitupera á Lyell el sostener la eternidad del mundo actual; el naturalista, según él, al tratar este asunto entra en un terreno que no le pertenece; estas son cuestiones reservadas á la filosofía. Falta igualmente á Liebig el sentido crítico, tan necesario al sabio como al filósofo, cuando sostiene que la química no logrará fabricar en los laboratorios con todos sus aparatos el más pequeño organismo, ni aun el más elemental, porque la experiencia no haya demostrado hasta aquel entonces que esto sea posible, porque no hace muchos años se afirmaba también que no se podía producir

artificialmente la materia orgánica y sabido es que la síntesis química ha dado al traste con esta aserción.

¡Con qué fuerza de razonamiento Lange expone y discute las hipótesis recientemente admitidas sobre la extinción del calor y de la organización en nuestro sistema planetario, así como también sobre la posibilidad de un renacimiento indefinido de la vida en mundos diferentes del nuestro! Aunque se inclina por cuenta propia á la idea kantiana de la renovación sin fin de la actividad creadora, nos recomienda y sabe practicar él mismo una alta y serena resignación á la ignorancia en todos aquellos problemas de los cuales una sana crítica nos veda la solución inmediata ó eterna; no participa de la fe sentimental del materialista Czolbe, ni de las ilusiones ingenuas de las creencias populares acerca del principio y fin de las cosas. No se distingue menos en la cuestión de las generaciones espontáneas, dando su parte á la experiencia y la suya á la razón; la segunda no puede afirmar en nombre del principio de causalidad lo que la primera no ha podido aún probar con éxito, y que quizá sea siempre impotente de descubrir, ya á causa de la existencia actual ó bien por lo grosero de nuestros órganos.

Pero en las cuestiones tan controvertidas de la antigüedad y de la descendencia simia del hombre es donde el trabajo de Lange interesa sobre todo. Se ve, con su ejemplo, cómo el filósofo ha de mantenerse á igual distancia del respeto supersticioso ó interesado hacia la tradición de un Wagner y de la incredulidad paradójica y vanidosa de un Büchner: «En cuanto á la edad que debe asignar á los restos de hombres fósiles, descubiertos en las cavernas de Engis y de Engihoul, en el valle del Somme, y más recientemente en Cro-Magnon, en Aurillac y en Hohlenfels, las opiniones son tan variables y divergentes que de todo ello tan sólo se deduce la gran incertidumbre que arrojan cuantos cálculos se han hecho hasta el día; hace una docena de años se admitían, por lo general, períodos de cien mil años; hoy se ha efectuado una gran reacción contra esas hipótesis, aunque los materiales concernientes al hombre de los tiempos diluvianos se acrecienten de un modo considerable y se hayan descubierto huellas de la existencia del género humano en la época terciaria.» En el examen de esta cuestión, como en la de la descendencia del hombre, es preciso descartar los prejuicios religiosos ó políticos no menos que el orgullo y la pasión; «y entonces veremos que provenir de un cuerpo animal que ha llegado

ya á un alto grado de organización, y en el que la fuerza creadora hace brotar en un momento dado la luz del pensamiento, es más conveniente y más agradable que salir de un pedazo de barro»; y dice por último: «así, hasta por motivos psicológicos, no se puede prescindir del parentesco original del hombre con el mono, á menos que no se le considere á éste y al chimpancé animales demasiado bondadosos y pacíficos para que de ellos hayan nacido esos trogloditas que triunfan del león gigante de los antiguos tiempos, y que, después de haberle hendido el cráneo, beben con ansiedad su cerebro humeante».

La crítica que hace Lange de los extravíos de la falsa ciencia espiritualista, no es menos acerba que la que consagra al materialismo infantil de la frenología y de la fisiología con pretensiones de ciencias. Los frenólogos, desde Gall hasta el doctor Castle, se han alucinado con las denominaciones equívocas y las arbitrarias divisiones de la psicología tradicional; localizando las facultades no hacen más que abstracciones, dar cuerpo á quimeras y poblar el cerebro de almas y de entidades múltiples. Otro tanto se debe decir de los fisiólogos; en el mismo Pflüger, cuyos sabios descubrimientos de los reflejos han abierto nuevas vías á la ciencia, este defecto es muy visible; hasta después de los trabajos de Meynert sobre la anatomía cerebral de los mamíferos, de las interesantes experiencias de Hitzig, Ferrier y Nothnagel sobre la fisiología del cerebro, la fisiología no se ha hecho verdaderamente experimental; acabando así decididamente con las hipótesis y las abstracciones. Nunca la ciencia positiva, como ella misma se llama, fué disputada con más calor y autoridad; ciertamente los sabios no podían exigir ni esperar de un filósofo una inteligencia más clara de sus métodos, una solicitud más ilustrada y afanosa por la integridad é independencia de sus principios, ni tanto celo, en fin, por la reivindicación de sus derechos; Lange defiende la ciencia, tanto combatiendo la timidez ó la inconsecuencia de sus partidarios como luchando contra las pretensiones y la hostilidad de sus enemigos; sostiene el mecanicismo con todo el rigor de sus leyes, proclamándole como regla única y medida inflexible de toda certidumbre científica, y presentándole como el fundamento de toda explicación, de donde todos toman sus verdades sin que puedan prescindir de él más que provisionalmente.

Si Lange se hubiera detenido aquí, habría hecho sin duda bas-

tante por la causa de la ciencia pero nada por la de la filosofía, y su obra fuera entonces un comentario sólo de los principios y de los métodos de la filosofía positiva ó exclusivamente científica, adecuado á los problemas que en la actualidad nos preocupan; pero Lange comprende que la tarea del filósofo es otra que la del sabio; este último busca una explicación de los hechos que nos permite gobernarlos más bien que comprenderlos; pero el espíritu no se contenta con saber que el mecanicismo ó la aplicación del principio de las causas eficientes nos ayuda, como decía Leibniz, «á obtener fenómenos»; quiere más. Lo que propiamente hablando caracteriza al filósofo y le distingue del sabio, es la necesidad de interrogarse acerca del fundamento de los principios y del valor lógico de la certidumbre científica; el deseo de llevar tan lejos como sea posible nuestro conocimiento de la verdad, llenando los vacíos de la experiencia y del cálculo y satisfacer nuestros instintos del bien y de lo bello así como las aspiraciones de nuestra imaginación y de nuestros sentimientos, con los cuales nada tiene que ver el sabio, antes bien, debe prescindir y defenderse de ellos. Evidentemente el materialismo no responde á estas nuevas necesidades del alma filosófica, y el mismo Lange, á quien hemos visto glorificar los servicios hechos por el materialismo á la causa de la ciencia, se complace ahora en hacer resaltar su irremediable pobreza y sus vicios incurables.

El materialismo afirma la existencia de la materia y del movimiento, pero ¿qué son éste y aquélla? En todos los tiempos (Demócrito y Epicuro en la antigüedad, Gassendi, Hobbes, la Mettrie y Holbach en los siglos xvii y xviii, como Moleschott y Büchner ahora) hemos obtenido respuestas contradictorias ó insuficientes. Tan pronto la materia parece reducirse al movimiento como al principio misterioso del movimiento y del pensamiento; aquí se resuelve en una colección de átomos y más allá se identifica, bajo el nombre obscuro de naturaleza, con el principio universal y único de la vida. Cuando los materialistas definen la materia como el átomo en movimiento, no analizan lo suficiente las ideas de materia y movimiento para advertir que suponen las de tiempo y espacio, y que éstas á su vez entrañan una cuestión filosófica; al contrario, por un sofisma grosero, no vacilan en derivar las ideas de tiempo y espacio de las de materia y movimiento. El átomo, al cual los materialistas reducen la materia, no es un dato del sentido y, no obstante, invo-



can la experiencia como único principio de toda certidumbre; el cálculo matemático les sirve para interpretar los datos de la experiencia, pero no se preocupan de cuáles sean los títulos y la naturaleza de esta interpretación; si algunos de ellos, como Tenerbach, hacen de la sensación el principio de toda realidad, no ven que la sensación es otra cosa diferente de la materia, y, en fin, se creen dispensados, con el átomo, de explicar el pensamiento más elemental.

Este es, como Lange lo repite á cada paso, el punto vulnerable del materialismo, y sólo á costa de perpetuas contradicciones, de obscuridades calculadas ó de imperdonables ligerezas, es como eluden la dificultad. Inspirándose en Dubois-Reymond y en Zoellner, Lange resume su argumentación contra la insuficiencia teórica del materialismo en dos proposiciones que creemos oportuno citar: «1.ª, el materialismo confunde una concepción teórica, una abstracción (la materia) con la realidad; del dato inmediato de la conciencia, de la sensación, hace una pura apariencia; 2.ª, la sensación es un hecho más fundamental que el movimiento material». El materialismo no es menos impotente ante la necesidad del ideal; el arte, la moral y la religión no entran en su metafísica; léase en el tomo I la ingeniosa refutación de la estética materialista de Diderot y de las insostenibles concepciones de Holbach sobre la moral y la religión; medítese sobre todo el último capítulo del tomo II, y se reconocerá sin esfuerzo que nadie ha tenido el sentimiento más profundo de las debilidades del materialismo que este historiador que se ha mostrado siempre como su más autorizado intérprete y su abogado más convencido. «El materialismo es el primer peldaño, el más bajo, aunque comparativamente sea el más sólido de la filosofía; estrechamente unido á la ciencia de la naturaleza, sólo se convierte en un sistema traspasando sus límites; sin duda la necesidad que domina en el sistema de las ciencias naturales da, á cualquier otro que se apoye directamente en ellas, una certidumbre igual en todas sus partes en un grado notable; la certidumbre y la necesidad de cada elemento recae en el sistema mismo, pero esta es una apariencia ilusoria. Lo que hace del materialismo un sistema, la suposición fundamental que une todas las ciencias particulares en un todo sistemático, no es sólo la parte más hipotética, sino la que menos resiste á la crítica». El materialismo tiene también el mérito de intervenir útilmente cuantas veces los

derechos de la ciencia son desconocidos ó puestos en duda por la metafísica. «Toda explicación falsa de la realidad hace vacilar la base misma de nuestra existencia espiritual. En la contradicción de los sueños metafísicos, que pretenden penetrar en la esencia de la naturaleza y descubrir por la virtud de meros conceptos lo que la experiencia sólo puede enseñarnos, el materialismo es, como contrapeso, un verdadero bienhechor». «El hombre, sin duda alguna, tiene necesidad de completar el mundo real con un mundo ideal creado por él, y las más altas funciones de su espíritu colaboran en estas creaciones; pero los productos de esta libre actividad, ¿continúan presentándose bajo la forma de un saber demostrativo? Pues en tal caso el materialismo renacerá siempre para destruir esas especulaciones audaces y satisfacer la necesidad de unidad del espíritu por la síntesis, que por lo menos se funda en los datos de la realidad y de la demostración. Pero el reconocimiento debido á tales beneficios no ha de hacernos olvidar «que es, á más de su insuficiencia teórica, pobre en estímulos, estéril para el arte y la ciencia é indiferente ó egoísta en las relaciones sociales». Como se ve, la metafísica del materialismo no es la metafísica de Lange.

Si tratásemos de definir la metafísica de este autor, sería menester agrupar los detalles esparcidos en todo el transcurso de su obra. Aunque sea difícil deducir una metafísica sistemática de las afirmaciones tan múltiples de Lange y señalar una preferencia fija al través de los numerosos testimonios de su móvil simpatía, parece ser el modelo al cual se aproxima más el idealismo moral y religioso de Fichte. A pesar de ciertas declaraciones escépticas, en su teoría del conocimiento no rehuye, como este último filósofo, dirigir una mirada al mundo de *las cosas en sí*, y, sostenido por su fe moral, levanta una punta del velo que nos oculta el misterio. «La ciencia no es la menos contrariada en su marcha conquistadora porque la fe ingenua en la materia se desvanezca, porque detrás de la naturaleza se descubra un mundo infinito, que tal vez sea la misma cosa considerada desde otro punto de vista, y porque esta nueva faz de las cosas hable á todas las aspiraciones de nuestro corazón y encuentre en ella nuestro yo la verdadera patria de su ser íntimo, mientras que el mundo de los átomos y de sus eternas vibraciones le parece extraño y frío». Se reconoce en estas líneas un eco del pensamiento de Fichte, cuya doctrina contiene muchas excelencias para Lange porque amalgama íntimamente el sentimiento religioso

y la preocupación social en la inspiración metafísica. Fichte ha comprendido, según él, que sólo la religión comunica una verdadera eficacia al sentimiento que el individuo tiene de su dependencia frente á todo; ella sola da el imperativo categórico del deber para contrarrestar el empuje de las pasiones; penetrado de esta verdad, que la fe espontánea y el sentimiento de toda alma religiosa lleva al dogma y á las prácticas del culto, Fichte, bajo el nombre de filosofía de la religión, trató de conciliar la razón filosófica con las creencias tradicionales y fué también el primero «que promovió en Alemania la cuestión social».

Que el cristianismo transformado pueda realizar la misión moralizadora y social que ambos pensadores asignan á la religión del porvenir, ó que la idea religiosa haya de revestir otra forma, «lo cierto es que la religión venidera deberá reunir dos cosas: una idea moral capaz de enardecer á todo el mundo y una tentativa de regeneración social bastante enérgica para que levante de una manera apreciable el nivel de las clases oprimidas». Esta religión tendrá su clero, su culto, sus fiestas y sus cantos. Es curiosísimo seguir las discusiones que con este motivo se cruzan entre Lange y su amigo Uberweg; éste quiere que la religión del porvenir profese, como la del helenismo antiguo, el culto de la naturaleza y de la vida, infundiendo la serenidad y la alegría, «en oposición al cristianismo que abandona y olvida esta misión». Lange exige que la religión contenga á la vez enseñanzas para los desheredados y para los dichosos. «Pido que por lo menos se conserve, al lado del edificio nuevo y más riente de la religión futura, una capilla gótica para los corazones afligidos; deseo que en el culto nacional se instituyan ciertas fiestas que acostumbren á los felices de la vida á dirigir de vez en cuando sus miradas hacia los abismos del sufrimiento humano y á que sientan con los desgraciados y aun con los protervos la necesidad de una liberación común... Recuerdo muy bien que un día, en que mi amigo y yo conversábamos sobre la necesidad de conservar los mejores cantos de la Iglesia en el nuevo culto, Uberweg me preguntó qué canto de los libros protestantes adoptaría yo voluntariamente; y habiéndole respondido con la plena convicción del ideal que nos separaba, que el canto que principia así: «¡Oh cabeza cubierta de sangre y de heridas!...» Uberweg cambió de conversación y desde entonces renunció á hablar conmigo de la poesía religiosa del porvenir».

Allá, en lo venidero, ¿se elevarán nuevas catedrales ó se satisfarán sólo con mercados y talleres espaciosos y bien iluminados? El canto del órgano y el sonido de las campanas, ¿agitarán el aire con un nuevo poder, ó la gimnasia y la música al estilo griego serán las artes predilectas de una edad naciente? De todos modos, la obra del pasado no se perderá por completo; lo que prestó su servicio no vuelve á la vida sino modificado; en cierto sentido, las ideas de la religión son indestructibles. ¿Quién piensa en refutar una misa de Palestina ni en discutir la verdad de una madona de Rafael? En todos los tiempos el *Gloria in excelsis* ejercerá su imperio en el corazón del hombre y resonará al través de los siglos, mientras la sensibilidad del hombre sienta la religiosa emoción de lo sublime. La religión, sea la que fuere, es tan necesaria como la metafísica y el arte para completar la obra de la ciencia y asegurar el progreso de la sociedad. La humanidad no gozará de paz durable mientras no descubra en la poesía el principio inmortal que es el fondo del arte, de la religión y de la filosofía y sobre el fundamento de esta idea descansa el acuerdo definitivo de la ciencia y la poesía, ha largo tiempo entrevisto.

Entonces se establecerá una fecunda armonía entre la verdad, el bien y lo bello, que reemplazará á esa unidad muerta que castos los librepensadores y reformadores socialistas persiguen con tal pasión, y los cuales creen encontrar el principio único en la verdad empírica. Lange prevé que esta paz de las fuerzas del alma, tanto en el individuo como en la sociedad, no habrá de realizarse sin grandes y largos esfuerzos, sin penosas sacudidas y sin dolorosos derrumbamientos de las conciencias y de las instituciones seculares. «Los conflictos que se avecinan se dulcificarán si los hombres que estén al frente de la sociedad tienen clara inteligencia del desenvolvimiento humano y del proceso histórico; no hay que desesperar de que, en un porvenir más ó menos lejano, puedan efectuarse las más profundas transformaciones sin hondas y terribles luchas; esta sería, sin duda, la más preciosa recompensa para el pensador que lograra con su doctrina abrir, para la realización de ese ideal inevitable, un camino no ensangrentado por los sacrificios, ayudando á transmitir sin alteración alguna los tesoros de la cultura pasada á las generaciones venideras. Pero esta esperanza es tan débil... Sin embargo, el deber del pensador es hablar aunque sepa que sus enseñanzas no han de ser escuchadas».

por sus contemporáneos.» Con estas conmovedoras y resignadas frases se despide de sus lectores el filósofo reformista; ellas pintan con indelebles trazos esa alma militante y pensativa de dialéctico místico, de sabio y poeta que en tantos conceptos recuerda la generosa naturaleza de Fichte.

Réstanos hacer una apreciación sumaria acerca de los méritos y de los defectos de la obra de Lange y juzgar el valor de su tentativa de conciliación entre la ciencia y la especulación filosófica. Hemos creído, ante todo, deber nuestro agrupar en un haz los rasgos esenciales de este pensamiento tan complejo, para ofrecer de este modo á los lectores los elementos de un juicio definitivo; no queremos, sin embargo, sustraernos de la obligación de consignar nuestros sentimientos personales acerca de este libro; no se crea por esto que tenemos la pretensión de dirigir, y mucho menos de imponer nuestras opiniones á los demás; pero nuestra conciencia de filósofos nos obliga, como cumplimiento de un deber, á tributar nuestro homenaje á la gran causa que defiende Lange, señalando los servicios que ha prestado y los defectos en que involuntariamente ha incurrido. De estos últimos, el más aparente de su obra es la falta de unidad; este vicio radica, sin duda, antes que nada, en la naturaleza propia del libro, que no es una obra ni puramente histórica ni puramente crítica. El primer tomo parece consagrado sólo á la justificación del mecanicismo y á la apología del materialismo científico y, el segundo, se manifiesta como destinado á poner en evidencia la verdad de la tesis idealista, estimando el mecanicismo como una hipótesis subjetiva; hay que reconocer además que las considerables adiciones hechas en la segunda edición sobre la crítica de las ciencias positivas en muchos pasajes se ha olvidado la sobriedad de la composición primitiva. Pero no son únicamente vicios de forma los que hemos de señalar en la *Historia del materialismo*, sino también la incertidumbre, la confusión y las contradicciones tan frecuentes en las mismas doctrinas del autor, y acerca de las cuales importa insistir principalmente.

La doctrina crítica de Lange descansa esencialmente en la oposición entre la ciencia y las creencias; en la distinción, con solidez planteada y con firmeza sostenida, de la certidumbre demostrativa y la certidumbre metafísica; pero, ¿por ser de naturaleza diferente estas dos certidumbres son distintas? Y en este caso, ¿cuál de las dos se acerca más á la verdad absoluta? Cuando se lee á Lange, parece

al principio que toda certidumbre y realidad vienen de la ciencia positiva; pero bien pronto este mundo, tan laboriosamente construido por la ciencia y que descansa sobre el sólido fundamento de la experiencia y de la demostración, se desvanece á los primeros esfuerzos de la crítica y se nos presenta como un engañoso espejismo, como una vana experiencia; en una palabra, no se ve claramente dónde está la verdad definitiva; ¿está en el ideal ó en el mundo sensible? ¿ó ambas son ilusiones, con la diferencia de que la ilusión sensible es la ilusión de todos, en tanto que la ilusión metafísica es móvil y caprichosa como los individuos? En tal caso, la ciencia aventajaría á su rival. No podemos detenernos mucho en este orden de ideas; pero conviene no olvidar que las categorías, esas reglas supremas del conocimiento científico, las presenta Lange como datos de la experiencia psicológica, como principios cuyo número es incierto y cuyo origen es empírico. La complacencia con que dicho autor vuelve, ya á propósito de Protágoras ó ya con motivo de Hobbes, sobre la tesis de la relatividad del conocimiento y el valor que concede á la teoría de la probabilidad, parece indicar que los principios, como los resultados de la ciencia, no descansan para él más que en la verosimilitud; pero no hay más derecho á hablar de verosimilitud que de certidumbre; porque ¿dónde está el principio que sirve para medir esta última? ¿es la experiencia móvil y limitada como el individuo y como la humanidad misma?

Vemos así que Lange nos encierra en un doble círculo de ilusiones, de los cuales el primero es el más estrecho é inflexible y el segundo el más vasto, pero también el más móvil; ilusiones científicas é ilusiones metafísicas nos ocultan igualmente la verdadera faz de las cosas; no conocemos la verdad ni la realidad de nada. Vaihinger, un discípulo de Lange, no vacila en deducir esta conclusión de la obra del maestro y en formularla en todo su desesperante rigor. ¿Es este el pensamiento de Lange? ¿Habremos terminado así con las fluctuaciones de sus ideas por no decir de su sistema? ¿Estaremos por lo tanto ciertos de una cosa, de que nada es cierto? Esto fuera una proposición contradictoria que se destruiría por sí misma; pero al fin habríamos encontrado la última palabra de Lange. Hartmann, en su respuesta á la crítica de Vaihinger, ha puesto hábilmente en relieve el nihilismo escéptico de este último al llevar hasta la exageración el subjetivismo crítico de Lange; idea con mu-

cho ingenio un diálogo sentimental y filosófico entre el pensador y una dama, en el cual ésta concluye por rechazar con energía las tiernas solicitudes de un amante tan poco convencido de la realidad de sus encantos y aun de la existencia misma de su amada. Además de esto, Hartmann hace el proceso de la filosofía de Vaihinger, y no ve con malos ojos que éste lleve el subjetivismo más allá de los límites en que, en cierto modo, se contuvo el sentido eminentemente práctico del maestro. En efecto, Lange, entre tantas contradicciones como le hemos censurado, tiene otra nueva, la más feliz si se quiere, pero de seguro la más flagrante de todas. Su idealismo subjetivo descansa, como el de Fichte, en un dogmatismo moral bien determinado: la ley del deber; la obligación de subordinar el individuo al todo, la ha afirmado con energía y con insistencia como la más alta verdad, como la suprema certidumbre; las inspiraciones de la fe metafísica tienen entonces su verdadera medida en relación con nuestra necesidad moral, y la ciencia, con su hipótesis mecanicista, debe á su vez su verdad y su valor á lo que es el instrumento necesario del comercio de las inteligencias, la condición *sine qua non* del orden moral de los espíritus.

Como Kant, y más todavía como Fichte, Lange, con una fe entera, libre de la ironía crítica y del indiferente escepticismo de Vaihinger, se aventura á penetrar, á la luz superior de la conciencia moral, en las hipótesis que se refieren al fondo último de la realidad y al mundo de las cosas en sí, recordándonos, como ya hemos dicho, á los metafísicos más audaces. Nos parece bien que las inspiraciones metafísicas de ese dogmatismo moral predominen en el fondo de la doctrina de Lange, y seríamos injustos con su pensamiento insistiendo más en las contradicciones de detalle y en las consecuencias escepticas que debíamos recoger; no es la censura menos grave que se puede dirigir á un filósofo que sobresale en criticar á los demás, la de verse obligado á tener en cuenta sus tendencias morales antes que sus afirmaciones expresas; con esta reserva nosotros concedemos á Lange voluntariamente que su dogmatismo moral es bienhechor, y creemos que la metafísica de Fichte, comentada y desenvuelta con los recientes descubrimientos científicos, podría muy bien ser en el fondo la última palabra de la filosofía. La unidad del sistema no puede ser, por lo tanto, sostenida más que con la condición de que Lange suprima el divorcio de la razón teórica y de la razón práctica, que se decida á subordinar la primera á la segunda y á

hacer de la libertad el principio común del conocimiento y de la acción.

No ignoramos que Lange niega el libre albedrío tan decididamente como un materialista, y le relega, como Kant hace con la libertad, al mundo de los *nóúmenos*, y no obstante no cesa de hablar de la «libre síntesis» del espíritu y de la espontaneidad que despliega el yo en sus creaciones ideales. Aquí, como anteriormente, tendríamos que poner en claro y desenvolver, ya que el mismo Lange no lo ha hecho, los gérmenes de dogmatismo moral que contiene sobre todo el último capítulo de su obra. Aún habría más contradicciones generales que señalar, como las del escepticismo y el dogmatismo de la relatividad científica y el dogmatismo moral de la libertad y el determinismo; no acabaríamos si hubiésemos de recoger todas las menudas incoherencias del libro, y tanto es así que Vaihinger se cree autorizado por algunos textos para sostener que su maestro hace de la antinomia la ley misma del pensamiento. Según el discípulo, la oposición de lo real y lo ideal, de la libertad y la necesidad, de lo finito y lo infinito, del fenómeno y la cosa en sí, del pesimismo y el optimismo, de la ciencia y la metafísica, del mecanicismo y la finalidad, para no hablar más que de las antinomias más importantes, ha sido elevada por la crítica de Lange á la altura de un nuevo principio y declarada en absoluto refractaria á todas las tentativas de conciliación. Nosotros persistimos en defender á Lange contra Vaihinger, y en caso de necesidad contra Lange mismo; creemos que la metafísica de este autor, interpretada en el sentido del idealismo práctico, no es vituperable de antinomia. Desde este punto de vista nos sería fácil llenar los vacíos de las concepciones especulativas del maestro después de haber puesto término á las contradicciones.

Ni en arte ni en moral nos da explicaciones bastantes; sin duda opone á la estética y á la ética materialistas los bien determinados principios de su idealismo práctico; nos invita á ver en el arte y la moral los productos de la misma libre síntesis que figuran en las construcciones de la metafísica; pero se calla cuál sea el lugar de esas diversas síntesis, ni dice las relaciones que existen entre esas formas distintas del ideal. Lo bello, ¿es una pura creación del espíritu sin relación alguna con la realidad? ¿No ha de considerarse á la naturaleza más que como un mecanismo sin vida y sin belleza propia? ¿Es ajena á toda finalidad? Estos varios pro-

blemas quedan sin solución en este libro; parece que lo bello, lo verdadero y el bien habitan esferas separadas y extrañas unas á otras, ó, mejor aún, que el pensamiento reviste arbitrariamente formas en absoluto independientes entre sí, según la facultad especial al través de la cual se le considere, una realidad misteriosa que no tiene nada de común con esas múltiples apariencias. Así, los ojos pueden ver los objetos bajo los más contrarios aspectos, interponiéndose entre éstos y aquéllos prismas de colores y formas distintos. ¿Dónde está esa armonía de lo bello, de lo verdadero y del bien, esa unidad de los poderes del alma que el autor nos impone como un deber que realizar? Suprimiendo toda relación entre lo ideal y la realidad, ¿no se corre el riesgo de disminuir el valor y el atractivo del primero? Me explico que Platón y Aristóteles coloquen las formas puras en una región superior á la de los sentidos, pero también hacen del ideal el fin supremo que aspira realizar la naturaleza, aunque no haya jamás de lograrlo; y Kant no avasalla menos imperiosamente el mundo sensible y la conciencia del hombre á los fines superiores de la razón práctica. Esta armonía de las fuerzas de la naturaleza y del pensamiento, en vano la buscamos en la doctrina de Lange, y, en este concepto, es inferior á la obra de los grandes idealistas.

No creemos menos que Lange servir á la causa de la acción y del progreso moral; ya hemos dicho repetidas veces que la naturaleza de nuestro autor es eminentemente práctica, que lo que persigue ante todo es la armonía de las varias energías del alma; que quiere poner fin al divorcio de la ciencia y la especulación, de lo ideal y lo real, en cuya labor se han agostado las mejores inteligencias, y se revuelve contra el enemigo común, es decir, contra el sufrimiento físico y moral, en una palabra, contra la miseria social, empleando las fuerzas combinadas de la ciencia, el arte, la moral y la especulación. Combate tan enérgicamente en favor de los derechos del mecanicismo contra las pretensiones de la metafísica, porque el primero es el único instrumento eficaz en la lucha empeñada por el espíritu contra las fuerzas de la materia; y hiere á su vez los falsos ídolos del materialismo con tan generosa impaciencia, porque el egoísmo económico ha hecho de ellos sus divinidades protectoras. Si trata de preservar del soplo helado de abstracciones científicas las delicadas invenciones de la imaginación poética ó las nobles aspiraciones de la metafísica, es porque

cree en su virtud educadora y en sus bienhechoras influencias; insiste sobre la misión social de la religión y clama con todas las fuerzas de su alma por la concordia del cristianismo y la cultura moderna, porque está profundamente convencido de la eficacia práctica de la fe religiosa. Pero ¿ha seguido rectamente el camino que debe conducir á la transformación moral y social de la humanidad? ¿Es interesarnos por la causa de la metafísica y la religión pedirnos que trabajemos por ella sin creer en ella? ¿No se reduce el arte á una distracción elegante, á un entretenimiento de ociosos, negándole que pueda servir de intérprete y modelo de la realidad?

Aun á riesgo de desviar los espíritus de la ciencia, priva á la ciencia de todo comercio con la verdadera realidad; pero sobre todo no logrará persuadir á los hombres á que trabajen en la obra colectiva de la emancipación y del progreso cuando parece encadenar las acciones humanas, como la evolución de la naturaleza misma, al determinismo inexorable de las leyes mecánicas. Seguimos aún haciendo el proceso de las tendencias escépticas de la filosofía de Lange, y sin esfuerzo se nos concederá que éstas son propias para amenguar la eficacia de su enseñanza práctica. Pero la ausencia de autoridad práctica no es menos sensible que la falta de unidad en la obra que analizamos; todas nuestras censuras van encaminadas contra un mal muy frecuente, el de la incertidumbre de su metafísica. Apresurémonos á reconocer, no obstante, que los buenos deseos de Lange excusan en parte los defectos de su libro. En efecto, no es una metafísica lo que se propone darnos, sino una teoría del conocimiento desde el punto de vista especial y restringido del análisis crítico del mecanicismo científico; trata, ante todo, de unir á sabios y á filósofos, defendiendo con los primeros sus derechos imprescriptibles y con los segundos la insuficiencia teórica y práctica del mecanicismo. Los sabios, que procuran ganar primero la consideración y después, si es posible, el cultivo de la especulación filosófica, necesitan aclarar los sofismas y la inanidad del materialismo antes de entrar en las hipótesis siempre discutibles de una doctrina metafísica; no estaría de más hacer un llamamiento á su buen sentido de análisis y de método contra un sistema tan superficial como engañoso, y sería prudente someter á un inmediato examen concepciones cuya sutilidad y extravagancia alarman y desconciertan en el acto su mal asegurada filosofía, y, sobre todo, conocerían fácilmente, con su habitual

ingenio, su carácter provisional. Por otra parte, no es menos necesario á los filósofos demostrar la estimación que se debe á la metafísica y el valor poético y moral de las especulaciones idealistas, pues la historia de la especulación es bastante rica de indicaciones preciosas, de fecundas sugerencias y de seductoras y legítimas hipótesis para que sea preciso enriquecer con un nuevo sistema la serie de esas generosas fantasías en que se complace la imaginación y de las cuales ha vivido la conciencia del pasado. Los actuales filósofos deben antes que nada conquistarse el respeto y la inteligencia del mecanicismo científico; en una palabra, es menester disipar en ellos la embriaguez de ese idealismo quimérico que, desde Kant, ha extraviado las más altas inteligencias, y combatir en sus adversarios la orgullosa suficiencia del saber positivo, sus vanas pretensiones de resolver el enigma del universo y satisfacer la vasta capacidad y el hondo anhelo del corazón del hombre; Lange tiene el imperecedero honor de haber intentado con victorioso resultado este doble empeño.

Ha comprendido mejor que nadie que lo real y lo ideal son, con títulos diversos pero igualmente imprescriptibles, el doble campo de nuestra actividad y la doble patria de nuestras almas; las flores de lo ideal no pueden cultivarse ni cogerse más que en el terreno fecundado y preparado por las ciencias y la industria del hombre; satisfacerse con la actividad material y el mecanicismo científico que debe dirigirla, es limitarse á prevenir las condiciones de la vida común, pero renunciar á la existencia plena y, como dice el poeta: *propter vitam vivendi perdere causas*. Nadie ha señalado con más elocuencia que Lange el peligro que, con el desarrollo de las ciencias positivas y el industrialismo, corren las sociedades modernas; ninguno tampoco ha comprendido mejor que debilitar el sentido del ideal es fortalecer el del egoísmo. Sin duda la causa del arte y de la especulación ha tenido antes de él elocuentes defensores; pero desde Kant nunca se había pleiteado por ella con tal grandeza de miras y con la clara y profunda convicción necesaria para no regatear nada á la ciencia y al mecanicismo de cuanto se otorga á la especulación y al espíritu.

Sobre todo, hay que tener en cuenta las tentativas semejantes á ésta de estos últimos tiempos para apreciar la obra de Lange y medir con exactitud su originalidad. En Francia, Alemania é Inglaterra, la causa de la reconciliación entre la ciencia y la filosofía ha

tenido hábiles y animosos intérpretes; sin hablar de los trabajos de Lotze y Hartmann, de la distinción entre la creencia y el conocimiento, sostenida por Spencer y de la confesión final de Stuart-Mill en sus *Ensayos acerca de la religión*, limitémonos á recordar aquí los esfuerzos, por tantos títulos estimables, hechos en Francia por pensadores eminentes. ¿Acaso no se han penetrado de esta necesidad, á que la *Historia del materialismo* debe su origen, la *Critique* de Renouviér, la *Métaphysique et la Science* de Vacherot, la relación de Ravaisson acerca de la *Philosophie française du XIX siècle*, el libro de Caro sobre *Le Materialisme et la Science* y la obra de Janet que trata de *Les causes finales*? Quizá resulte de estos trabajos que la ciencia hace á veces el gasto para lograr la conciliación deseada; pero ¿no es la filosofía quien con demasiada frecuencia paga el escote en el libro de Lange? Esta diferencia señala precisamente en qué estriba la originalidad de la empresa de este autor comparada con otras análogas; en parte alguna el determinismo científico y el mecanicismo cartesiano han tenido en nuestro tiempo un intérprete tan tenaz y penetrante.

Réstanos indicar el influjo que han ejercido las ideas de Lange en los pensadores contemporáneos. Las preocupaciones sociales y religiosas que censuran en sus escritos, notables por tantos conceptos, Hartmann y Strauss, parecen inspirarse, aunque para combatirlas, en las concepciones de Lange; y consignemos también, sobre todo, el movimiento de los estudios kantianos, á los que, la aparición de la *Historia del materialismo*, ha dado, en cierto modo, la iniciativa. En resumen: ni la originalidad, ni la oportunidad, ni la influencia han faltado á este libro; con sus excepcionales cualidades y sus graves defectos es, á nuestros ojos, una de las lecturas más substanciosas que pueden recomendarse á las inteligencias á quienes conturban fácilmente el espectáculo de los disentimientos y las contradicciones del pensamiento moderno. Esta obra les enseñará cómo es preciso juzgar la secular oposición, con sobrada ligereza tenida por insoluble, entre la especulación y la ciencia positiva, y verán reducidas á su justo valor las acusaciones apasionadas, los temores irreflexivos y las inquietudes calculadas que provocan en los espíritus superficiales ó prevenidos el solo nombre del materialismo ó la idea del mecanicismo físico; comprenderán también mejor qué secreta afinidad unen á la metafísica y á la poesía; Lange por lo menos les enseña que no es legítimo desdeñar